

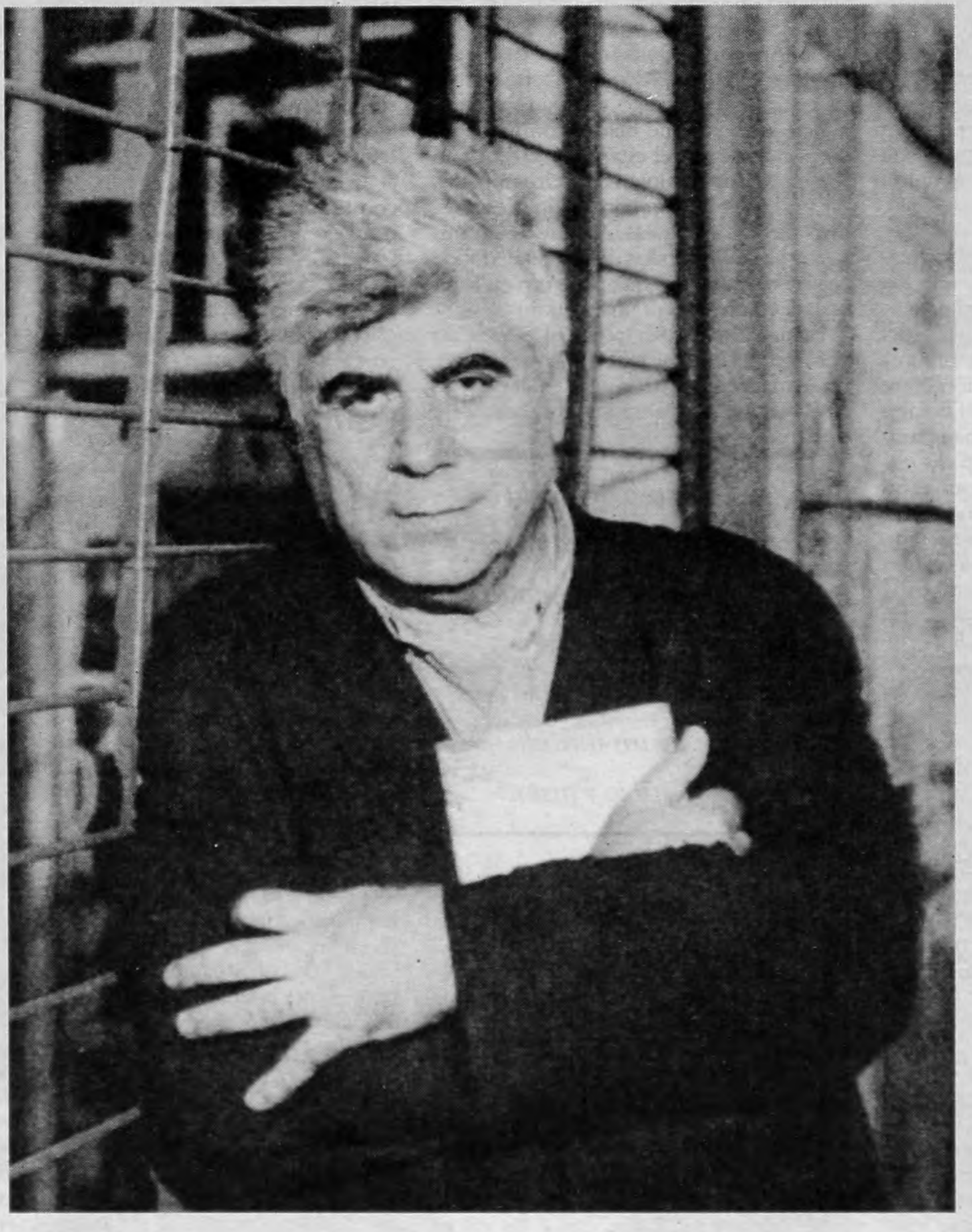
ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo

Reclamo

Publico este trabajo que habla de injusticias y esperanzas en días en que los PRESOS POLITICOS DE LA TABLADA realizan una huelga de hambre en reclamo de su libertad. Hago mío este justo reclamo al gobierno, que avalan la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y Amnesty International.

Buenos Aires, junio del 2000
Vicente Zito Lema C.I. 4.595.897



VICENTE ZITO LEMA

"Buscando la belleza por los patios del hospicio"

Primera parte: el escenario

El nacimiento del hospicio es simbolizado como un avance de la razón sobre la oscuridad de los prejuicios y el pavor animal de lo desconocido. La ciencia que derrota *los agrios soplos de la locura*; la moral que hunde su justa espada en la carne de un Mal tan absoluto y gratuito que se vuelve insoportable.

Se legitima, en apariencias, la primera distinción del *enfermo mental*; deja de ser visto como un poseído (divino o demoníaco, según soplen los vientos de la inocencia o la religión). Tampoco cargará sobre su espalda, ni pagará con su cabeza, el peso de transgredir las normas jurídicas que protegen a la sociedad del crimen. No tiene conciencia ni voluntad, es un niño, *inimputable*, se dirá. Queda separado de los mendigos, rebeldes, políticos y criminales y se lo entrega, como objeto de conocimiento, atado de pies y manos, a un especialista médico en el abordaje y resolución de un conflicto de salud, el *psiquiatra*.

Quien conozca la historia de los manicomios, aquel que venza por un instante sus miedos primarios y se interne sin recelos en el *camino tan alto y tan desierto* que anticipa la muerte, podrá testimoniar la realidad: la institución que legaliza el saber médico de la locura y el privilegio del Estado de apartar y clausurar el Mal que se produce sin deseo, poco ha contribuido al desarrollo del conocimiento científico sobre los estados límites del hombre. Tampoco sirvió de ayuda a los que sufren agudísimas situaciones de dolor y soledad que los distinguen, visiones que los diferencian, tristezas en el espíritu y daños en la mente que los corroen, que superan la voluntad y la resistencia y no tienen solución individual.

Más allá de símbolos y legitimaciones los recluidos en los hospicios fueron marcados como chivos expiatorios de la alienación natural de un modelo de producción y cultura. Están condenados a expresar con sus cuerpos la fragmentación de la vida, la quiebra de la antigua unidad social, la pérdida del amor como base de la familia, la sustitución de la fraternidad por el egoísmo y la competencia despiadada en las relaciones que tejen los hombres.

Día a día, del entierro de la emoción y el asombro, y de una situación de injusticia generalizada, emerge el loco del hospicio como ofrenda humana, única y sensible.

Mal que pese a muchos, la represión, desnuda o vestida, agiganta el rostro pálido y real de la locura. La locura que salta por encima de los códigos que la pretenden burocratizar. Que hace literalmente añicos el estigma de la predisposición congénita. Que denuncia a quienes frente al pánico que les provoca la desmesura del espíritu humano no cejan de buscar en la esquizofrenia la falta de una sustancia química, y tratan al delirio –el absceso de la belleza donde se concentra la reprimida necesidad poética del hombre– como un tumor maligno que debe ser extirpado. Esa locura, temida y bastarda, que se liga a la libertad de la creación, que recuerda que dentro de los hombres vivieron los dioses, que germina igual que las flores negras sobre la podredumbre del tejido social, que se alimenta en la castración de los instintos y en la antropofagia económica. Esa locura que nace y se expande como todas las pestes.

Pero si locura es también un intento fallido de resolución individual de los conflictos; si la locura es el camino por el que avanzan el solitario, el rechazado y el pobre de toda pobreza con la esperanza de conseguir lo que no lograron por otros medios: su porción de amor humano, ¿cómo imaginar que la locura tiene solución en nuestra sociedad? ¿Qué amor, solidaridad, piedad o estímulo puede encontrar aquí, en estos días, el hombre que se ampara en el delirio para escapar de las estrangulaciones que le ▶

Página/12

prepara la vida?

Los cuerpos sociales se pudren desde la cabeza. El grado de podredumbre de nuestra sociedad, que expresan sus gobernantes y sus instituciones, es tal que no puede producir más que una conciencia enferma, dividida. La porción humana, paradójicamente, descansa hoy en los frágiles hombros de la exclusión social, en la cabeza lastimada de los dementes que mueren ante nuestros ojos abiertos, *mientras una escenografía verbal montada desde el poder trata de ocultar el panorama de la sordidez y la bajeza.*

Lo irracional, lo subjetivo, incluso el afecto, tienden a eliminarse en el mundo de la técnica sin ética, en las sociedades industriales y consumistas y en las que se desesperan por llegar a serlo, movidas por la zanahoria de una aséptica *modernidad* y las bondades de un mundo globalizado. Repiten el mecanismo de la época victoriana, cuando la sexualidad iba a la hoguera en aras del puritanismo. Pero la eliminación nunca es completa: lo subjetivo, lo irracional, lo instintivo, lo sexual, el deseo hacen a la identidad del hombre. Por eso reaparecen una y otra vez, aunque sean confinados al mundo de la locura. Un mundo maldecido, castigado y temido, pero que rinde buen provecho, en tanto se lo utiliza como depósito social.

Por encima de las declaraciones de responsabilidad colectiva en la enfermedad mental y en los delitos, locura y delincuencia continúan representando la parte del hombre que debe ser eliminada, circunscripta y oculta. De allí la confusión entre picana eléctrica y electroshock, el común estigma que identifica a los que han pasado por cárceles y manicomios, típicas instituciones de la pobreza, y el normal intercambio de población (el loco a la cárcel y el preso al manicomio). De allí también que el hospicio, al igual que la cárcel, es transformado perversamente en el centro de la realidad. Lo principal pasa a ser la conservación de la institución, como representación metafórica del poder, y no ese hombre para quien en teoría ha sido creada y al que debe servir, curar o rehabilitar.

Recluidos en las sórdidas paredes del manicomio, cortados los vínculos con sus familias, sus compañeros y amigos, sin posibilidad de expresarse a través de las formas habituales que, aun alienadas, permiten muchas veces un resquicio para dejar una señal de identidad en el paso por el mundo, los enfermos mentales enfrentan un destino de pasividad que adelanta la muerte. Un ocio perpetuo y forzado les roe el alma. Unos sucumben. Otros, buscando sobrevivir, se refugian en un estado de inocencia. Vuelven a creer en la eficacia del deseo y los sentimientos, recobran una imagen sincrética de la creación. La conciencia podrá ser vista entonces como primordial, incluso infantil, pero será la forma de impedir que la *solidificación racional y verbal de la experiencia ocupen el lugar de una realidad social que ya no les pertenece.*

Aunque la sociedad les retacee su condición humana; aunque la negación sea tan absoluta que comprende todo lo que piensa y hace, el loco del hospicio seguirá con su sufrimiento alertándonos que es posible acceder a una verdad demitificada. Que está en nosotros tomar conciencia de los múltiples planos de la realidad y de la existencia de una armonía superior entre el sueño y la vigilia, la razón y lo sensible, el individuo y el mundo exterior.

He aquí una gran paradoja: el hombre al que la sociedad le niega la razón nos permite seguir creyendo que aún en las peores condiciones es posible la existencia de un mundo más comprensible y justo, un mundo con sentido, bello.

Segunda parte: las escenas

1. Aparición del Palangana

Me atrapan, como los cánticos de las sirenas que escuché en mi niñez la noche que por vez primera crucé en el "Vapor de la Carrera" el Río de la Plata, los patios del hospicio.

Por allí camino, en la mañana que vino ligera después de una pesada noche en la que soñé que mis pies eran dos bloques de hielo.

Falta casi una hora para que comience el Taller de escritura. Me esperan un grupo de internados, mis quince alumnos de los jueves con un pie en la luz y otro en el umbral de los infiernos. Ellos dan un poco de sentido a mi vida entre sus vidas movidas por el viento. Debo admitirlo: mi barco del destino hace agua a mares, desde que volví del exilio me siento ajeno en mi cama y el país me desgarra el alma con sus flores y homenajes a los muertos que más bien suenan como una sinfonía del olvido.

No pienso darles la mano a los verdugos... ¡Apestan a sangre!... digo, casi a gritos. Subvertir este orden de muerte es más preciso que nunca, digo, también en voz alta sin que nadie me mire y con fundadas sospechas de que el *espíritu de la época* no me acompaña. Los internos están ocupados en sus cosas; hablan con los ángeles y les tiran piedras a las ratas. Así que apuro mis pasos hacia los fondos del hospital, donde se alza el gran muro que parte en dos la realidad, como si fuera una manzana.

La maleza crece sin tregua ni piedad, así debe ser. Pronto llegará la primavera, la tierra es maravillosa ("tirás una semilla y se alza el bosque", decía mi abuelo, hombre de vida celeste que siempre amó la tierra que ahora lo contiene), y pocos son los que ponen sus pies en este lugar sombrío, lleno de vidrios y maderas, y blando por demás: ha sido un agosto de mucha lluvia. Me cruzo con un par de gatos que me lanzan sus maullidos que tienen tanto de tristeza como de hambre.

> *"El hombre al que la sociedad le niega la razón nos permite seguir creyendo que aún en las peores condiciones es posible la existencia de un mundo más comprensible y justo."*

Hay una enorme chimenea de ladrillos al ras por la que surge un humo grueso y pestilente. Veo a un hombre recostado contra un árbol, lleva un viejo sombrero, negro y aludo, que lo destaca en el paisaje de fría claridad.

Se acerca y me habla, casi a los gritos, como alguien que no mide bien las distancias.

–¿Usted es de Chascomús? ¿Viene de la laguna de Chascomús?

–No, vengo de lejos... de muy lejos, pero soy de Buenos Aires.

–Ah, entonces no es de mi familia, ellos son de la laguna, agua sucia... Mi familia creía, como creían en todo Chascomús, que aquí se comían cosas ricas... Ellos estaban hartos del pescado de la laguna... Recuerdo que una vez que los tuve a tiro les hice un planteo. *(El hombre se saca el sombrero. Tiene mucho pelo, se rasca la cabeza. Se pone el sombrero.)...* Si ellos pensaban que aquí se comían manjares y nos dábamos la gran vida, ¿por qué no se metían aquí dentro, todos juntos, una temporada, y yo me volvía a Chascomús? Mire, se lo dice este calavera que habla, que mi familia ruegue al cielo que no les toque nunca caer en semejante pozo, porque ahí sí van a saber cuántos pares son tres botas...

Le doy el cigarrillo que me pide *(he comprendido que pedir un cigarrillo es decir: "mirame, repará en mí, estoy vivo...")*, y sigo caminando con la idea que así como empezó el encuentro terminó, porque el hombre con el cigarrillo se ha ido corriendo detrás de los árboles. Pienso también que nunca fui a Chascomús, ni a la laguna, porque la pesca no me gusta, no soporto las bocanadas del pez que se muere, ya conocí demasiada muerte.

No sé cómo llegó hasta allí, pero salta de un árbol y se planta delante mío el hombre de Chascomús.

–¿Nunca pierde el sombrero? –lo digo porque el hombre sube y baja de los árboles, corre sin mirar las piedras ni las suciedades del camino y el sombrero negro con grandes alas que descienden suavemente en la punta como si buscaran el mar sigue fijo en la cabeza grande del hombre de Chascomús, que también tiene fija su sonrisa de pocos dientes, pero igual grande y blanca, como si sus enojos familiares y sus gritos contra el abandono nada tuvieran que ver con la sonrisa, ajena al mundo del hospicio, ajena a los dolores y miserias, ajena al propio hombre que la lleva.

–Sin sombrero estoy desnudo... *(Su voz suena como si la apoyara un bandoneón y su sonrisa lo ilumina, como si estuviera perdido en la noche profunda y lanzara una bengala al cielo, pero salgo de mi asombro y me digo que esa sonrisa no tiene sentido, no hay noche ni hay bengalas, hay un cielo frío en una mañana de invierno en los fondos de un hospital donde abundan los gatos tanto como los hombres abandonados sin mucho más que hacer hasta que llegue la muerte.)* Mi sombrero me protege. *(Insiste con su sombrero, al que acomoda mejor en su cabeza como si algún viento atentara contra su perfección.)...* Le voy a abrir los ojos, perdone... que a lo mejor le va a doler. *(Su voz es ahora menos musical, más hosca.)...* ¡Qué pasa con los hogares, sean humildes o sean oligarcas!.. ¿Qué pasaba con el loco, que a lo mejor al padre o a la hermana les molestaba tener un loco en la casa? ¡Eh, qué pasaba!.. En un acto de cobardía infame se iban primero por la laguna y después por las calles a ver dónde lo podían meter... ¿Junto a los peces? ¿Junto a los perros?.. ¡Son tan atorrantes y tan bajos que ni vergüenza tienen de hacer eso con un familiar! *(Se saca y pone el sombrero. Toma aire a grandes bocanadas, escupe un par de veces contra el suelo...)* ¡Si yo fuera un rey... o un presidente... o por lo menos un mandamás ordenaría que al hijo loco lo curen en su casa..!

Antes de que yo pueda abrir la boca él se va y no me sorprende que aparezcan pájaros de vuelo bajo y pico largo que me imagino deben ser iguales a los que esta tarde o cualquier otra tarde danzarán sobre las aguas de la laguna de Chascomús.

Tampoco me sorprende que al cruzar por un barroso y precario jardín para evitar el edificio de la morgue del hospicio me encuentre cara a cara con el hombre de la sonrisa y el sombrero.

–¿Cómo fue que lo internaron en el hospital? ¿Qué le pasó?

–Algún día le voy a contar mi vida... Algún día... Cuando se entere realmente quién soy se va a caer de espalda...

–¿Quién es?

–Hoy por hoy... Aquí por aquí... Nad[a] más que el Palangana... que limpia la le[chuga] chuga y reparte la comida. *(Se pone má[s] nervioso, da un par de cortas vueltas alre[dedor] dedor mío, después habla, más bien grita.)* ¡Con la experiencia de un internado que está en el pináculo de la fantasía le pregun[to] to al mundo del whisky, de las minas y d[e] las pilchas, de las apariencias de la noche qué les puede importar mi mundo! ¡Vamos ¡Vamos! ¡Mariposas nocturnas! ¡A mí no me van a cagar! ¡Yo conozco el paño! ¡Del derecho y del revés! ¡La noche para mí es papita pisada! ¡Vamos, señores y señoras que me escuchan escondidos en las nubes de percal! Dentro de esta sociedad, en este carnaval bullicioso, les pregunto: ¿qué son?, ¿qué quieren?, ¿dónde van a llegar siguiendo a la comparsa macabra en su camino de sangre? ¡Yo quiero que me contesten los señores oligarcas y sus lugartenientes! ¡Cuándo la van a terminar con las orgías, los robos a los pobres y sus inmundos lujos! ¡Hasta cuándo piensan escupir al cielo y contra el viento! ¡Plantaron mierda y la mierda se les caerá encima! ¡Todo tiene un límite en este puto mundo! ¡Yo, en mi patética hombría, les digo que se olvidaron una cosa, una cosa! ¡Aquí sobre la tierra el único que la talla verdaderamente es Gardel! ¡De nada les van a valer sus minas y sus riquezas, porque en cualquier momento viene la guadaña! ¡Sí, la guadaña! ¡Y de cabeza al nicho! ¡Al silencio, al olvido, a la misma nada! ¡Al fondo podrido de la laguna de Chascomús!

Alguien que yo no veo debe estar en nuestro camino, porque el hombre que pese a su excitación y a los saltos que ha dado acompañando sus palabras no ha perdido el sombrero, ni la sonrisa, escupe, saca la lengua y grita, mirando hacia adelante: "¡Fuera! ¡Fuera! ¡Todavía no es el tiempo! ¡Fuera!".

El hombre ha tomado un palo del suelo y con él da golpes en el aire. Cansado tira el palo y vuelve a mi lado.

–¿Qué le pasa? ¿Se siente bien? –pregunto, sabiendo que no tendré la contestación que espero.

–Yo me tengo que aguantar la desgracia

"Buscando l[...]
los patios d[...]

VICENTE [...]





"Buscando la belleza por los patios del hospicio"

prepara la vida?

Los cuerpos sociales se pudren desde la cabeza. El grado de podredumbre de nuestra sociedad, que expresan sus gobernantes y sus instituciones, es tal que no puede producir más que una conciencia enferma, dividida. La porción humana, paradójicamente, descansa hoy en los frágiles hombros de la exclusión social, en la cabeza lastimada de los dementes que mueren ante nuestros ojos abiertos, *mientras una escenografía verbal montada desde el poder trata de ocultar el panorama de la sordidez y la bajeza.*

Lo irracional, lo subjetivo, incluso el afecto, tienden a eliminarse en el mundo de la técnica sin ética, en las sociedades industriales y consumistas y en las que se desesperan por llegar a serlo, movidas por la zanahoria de una aséptica *modernidad* y las bondades de un mundo globalizado. Repiten el mecanismo de la época victoriana, cuando la sexualidad iba a la hoguera en aras del puritanismo. Pero la eliminación nunca es completa: lo subjetivo, lo irracional, lo instintivo, lo sexual, el deseo hacen a la identidad del hombre. Por eso reaparecen una y otra vez, aunque sean confinados al mundo de la locura. Un mundo maldecido, castigado y temido, pero que rinde buen provecho, en tanto se lo utiliza como depósito social.

Por encima de las declaraciones de responsabilidad colectiva en la enfermedad mental y en los delitos, locura y delincuencia continúan representando la parte del hombre que debe ser eliminada, circunscripta y oculta. De allí la confusión entre picana eléctrica y electroshock, el común estigma que identifica a los que han pasado por cárceles y manicomios, típicas instituciones de la pobreza, y el normal intercambio de población (el loco a la cárcel y el preso al manicomio). De allí también que el hospicio, al igual que la cárcel, es transformado perversamente en el centro de la realidad. Lo principal pasa a ser la conservación de la institución, como representación metafórica del poder, y no ese hombre para quien en teoría ha sido creada y al que debe servir, curar o rehabilitar.

Recluidos en las sórdidas paredes del manicomio, cortados los vínculos con sus familias, sus compañeros y amigos, sin posibilidad de expresarse a través de las formas habituales que, aun alienadas, permiten muchas veces un resquicio para dejar una señal de identidad en el paso por el mundo, los enfermos mentales enfrentan un destino de pasividad que adelanta la muerte. Un ocio perpetuo y forzado les roe el alma. Unos sucumben. Otros, buscando sobrevivir, se refugian en un estado de inocencia. Vuelven a creer en la eficacia del deseo y los sentimientos, recobran una imagen sincrética de la creación. La conciencia podrá ser vista entonces como primordial, incluso infantil, pero será la forma de impedir que la *solidificación racional y verbal de la experiencia ocupen el lugar de una realidad social que ya no les pertenece.*

Aunque la sociedad les retacee su condición humana; aunque la negación sea tan absoluta que comprende todo lo que piensa y hace, el loco del hospicio seguirá con su sufrimiento alertándonos que es posible acceder a una verdad demitificada. Que está en nosotros tomar conciencia de los múltiples planos de la realidad y de la existencia de una armonía superior entre el sueño y la vigilia, la razón y lo sensible, el individuo y el mundo exterior.

He aquí una gran paradoja: el hombre al que la sociedad le niega la razón nos permite seguir creyendo que aún en las peores condiciones es posible la existencia de un mundo más comprensible y justo, un mundo con sentido, bello.

Segunda parte: las escenas

1. Aparición del Palangana

Me atrapan, como los cánticos de las sirenas que escuché en mi niñez la noche que por vez primera crucé en el "Vapor de la Carrera" el Río de la Plata, los patios del hospicio.

Por allí camino, en la mañana que vino ligera después de una pesada noche en la que soñé que mis pies eran dos bloques de hielo.

Falta casi una hora para que comience el Taller de escritura. Me esperan un grupo de internados, mis quince alumnos de los jueves con un pie en la luz y otro en el umbral de los infiernos. Ellos dan un poco de sentido a mi vida entre sus vidas movidas por el viento. Debo admitirlo: mi barco del destino hace agua a mares, desde que volví del exilio me siento ajeno en mi cama y el país me desgarra el alma con sus flores y homenajes a los muertos que más bien suenan como una sinfonía del olvido.

No pienso darles la mano a los verdugos... ¡Apestan a sangre!... digo, casi a gritos. Subvertir este orden de muerte es más preciso que nunca, digo, también en voz alta sin que nadie me mire y con fundadas sospechas de que el *espíritu de la época* no me acompaña. Los internos están ocupados en sus cosas; hablan con los ángeles y les tiran piedras a las ratas. Así que apuro mis pasos hacia los fondos del hospital, donde se alza el gran muro que parte en dos la realidad, como si fuera una manzana.

La maleza crece sin tregua ni piedad, así debe ser. Pronto llegará la primavera, la tierra es maravillosa ("tirás una semilla y se alza el bosque", decía mi abuelo, hombre de vida celeste que siempre amó la tierra que ahora lo contiene), y pocos son los que ponen sus pies en este lugar sombrío, lleno de vidrios y maderas, y blando por demás: ha sido un agosto de mucha lluvia. Me cruzo con un par de gatos que me lanzan sus maullidos que tienen tanto de tristeza como de hambre.

"El hombre al que la sociedad le niega la razón nos permite seguir creyendo que aún en las peores condiciones es posible la existencia de un mundo más comprensible y justo."

Hay una enorme chimenea de ladrillos al ras por la que surge un humo grueso y pestilente. Veo a un hombre recostado contra un árbol, lleva un viejo sombrero, negro y aludo, que lo destaca en el paisaje de fría claridad.

Se acerca y me habla, casi a los gritos, como alguien que no mide bien las distancias.

–¿Usted es de Chascomús? ¿Viene de la laguna de Chascomús?

–No, vengo de lejos... de muy lejos, pero soy de Buenos Aires.

–Ah, entonces no es de mi familia, ellos son de la laguna, agua sucia... Mi familia creía, como creían en todo Chascomús, que aquí se comían cosas ricas... Ellos estaban hartos del pescado de la laguna... Recuerdo que una vez que los tuve a tiro les hice un planteo. *(El hombre se saca el sombrero. Tiene mucho pelo, se rasca la cabeza. Se pone el sombrero.)*... Si ellos pensaban que aquí se comían manjares y nos dábamos la gran vida, ¿por qué no se metían aquí dentro, todos juntos, una temporada, y yo me volvía a Chascomús? Mire, se lo dice este calavera que habla, que mi familia ruegue al cielo que no les toque nunca caer en semejante pozo, porque ahí sí van a saber cuántos pares son tres botas...

Le doy el cigarrillo que me pide *(he comprendido que pedir un cigarrillo es decir: "mirame, repará en mí, estoy vivo...")*, y sigo caminando con la idea que así como empezó el encuentro terminó, porque el hombre con el cigarrillo se ha ido corriendo detrás de los árboles. Pienso también que nunca fui a Chascomús, ni a la laguna, porque la pesca no me gusta, no soporto las bocanadas del pez que se muere, ya conocí demasiada muerte.

No sé cómo llegó hasta allí, pero salta de un árbol y se planta delante mío el hombre de Chascomús.

–¿Nunca pierde el sombrero? –lo digo porque el hombre sube y baja de los árboles, corre sin mirar las piedras ni las suciedades del camino y el sombrero negro con grandes alas que descienden suavemente en la punta como si buscaran el mar sigue fijo en la cabeza grande del hombre de Chascomús, que también tiene fija su sonrisa de pocos dientes, pero igual grande y blanca, como si sus enojos familiares y sus gritos contra el abandono nada tuvieran que ver con la sonrisa, ajena al mundo del hospicio, ajena a los dolores y miserias, ajena al propio hombre que la lleva.

–Sin sombrero estoy desnudo... *(Su voz suena como si la apoyara un bandoneón y su sonrisa lo ilumina, como si estuviera perdido en la noche profunda y lanzara una bengala al cielo, pero salgo de mi asombro y me digo que esa sonrisa no tiene sentido, no hay noche ni hay bengalas, hay un cielo frío en una mañana de invierno en los fondos de un hospital donde abundan los gatos tanto como los hombres abandonados sin mucho más que hacer hasta que llegue la muerte.)* Mi sombrero me protege. *(Insiste con su sombrero, al que acomoda mejor en su cabeza como si algún viento atentara contra su perfección.)*... Le voy a abrir los ojos, perdone... que a lo mejor le va a doler. *(Su voz es ahora menos musical, más bosca.)*... ¡Qué pasa con los hogares, sean humildes o sean oligarcas!.. ¿Qué pasaba con el loco, que a lo mejor al padre o a la hermana les molestaba tener un loco en la casa? ¡Eh, qué pasaba!.. En un acto de cobardía infame se iban primero por la laguna y después por las calles a ver dónde lo podían meter... ¿Junto a los peces? ¿Junto a los perros?.. ¡Son tan atorrantes y tan bajos que ni vergüenza tienen de hacer eso con un familiar! *(Se saca y pone el sombrero. Toma aire a grandes bocanadas, escupe un par de veces contra el suelo...)* ¡Si yo fuera un rey... o un presidente... o por lo menos un mandamás ordenaría que al hijo loco lo curen en su casa..!

Antes de que yo pueda abrir la boca él se va y no me sorprende que aparezcan pájaros de vuelo bajo y pico largo que me imagino deben ser iguales a los que esta tarde o cualquier otra tarde danzarán sobre las aguas de la laguna de Chascomús.

Tampoco me sorprende que al cruzar por un barroso y precario jardín para evitar el edificio de la morgue del hospicio me encuentre cara a cara con el hombre de la sonrisa y el sombrero.

–¿Cómo fue que lo internaron en el hospital? ¿Qué le pasó?

–Algún día le voy a contar mi vida... Algún día... Cuando se entere realmente quién soy se va a caer de espalda...

–¿Quién es?

–Hoy por hoy... Aquí por aquí... Nada más que el Palangana... que limpia la lechuga y reparte la comida. *(Se pone más nervioso, da un par de cortas vueltas alrededor mío, después habla, más bien grita.)* ¡Con la experiencia de un internado que está en el pináculo de la fantasía le pregunto al mundo del whisky, de las minas y de las pilchas, de las apariencias de la noche, qué les puede importar mi mundo! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Mariposas nocturnas! ¡A mí no me van a cagar! ¡Yo conozco el paño! ¡Del derecho y del revés! ¡La noche para mí es papita pisada! ¡Vamos, señores y señoras que me escuchan escondidos en las nubes de percal! Dentro de esta sociedad, en este carnaval bullicioso, les pregunto: ¿qué son?, ¿qué quieren?, ¿dónde van a llegar siguiendo a la comparsa macabra en su camino de sangre? ¡Yo quiero que me contesten los señores oligarcas y sus lugartenientes! ¡Cuándo la van a terminar con las orgías, los robos a los pobres y sus inmundos lujos! ¡Hasta cuándo piensan escupir al cielo y contra el viento! ¡Plantaron mierda y la mierda se les caerá encima! ¡Todo tiene un límite en este puto mundo! ¡Yo, en mi patética hombría, les digo que se olvidaron una cosa, una cosa! ¡Aquí sobre la tierra el único que la talla verdaderamente es Gardel! ¡De nada les van a valer sus minas y sus riquezas, porque en cualquier momento viene la guadaña! ¡Sí, la guadaña! ¡Y de cabeza al nicho! ¡Al silencio, al olvido, a la misma nada! ¡Al fondo podrido de la laguna de Chascomús!

Alguien que yo no veo debe estar en nuestro camino, porque el hombre que pese a su excitación y a los saltos que ha dado acompañando sus palabras no ha perdido el sombrero, ni la sonrisa, escupe, saca la lengua y grita, mirando hacia adelante: "¡Fuera! ¡Fuera! ¡Todavía no es el tiempo! ¡Fuera!".

El hombre ha tomado un palo del suelo y con él da golpes en el aire. Cansado tira el palo y vuelve a mi lado.

–¿Qué le pasó? ¿Se siente bien? –pregunto, sabiendo que no tendré la contestación que espero.

–Yo me tengo que aguantar la desgracia de estar encerrado aquí porque perdí todo mi dinero... ¡El fuego me dejó más pobre que una rata!... Me han abandonado... ¡Me han abandonado!... Algún día le contaré mi vida... ¡No lo va a creer!... No soy cura, no soy militar y no tengo un mísero mango... Un día iba de aquí para allá, de aquí para allá, muy nervioso, muy nervioso, y me encerraron... ¡Me decretaron colifa por nervioso!.. Yo me pregunto: ¿qué pasaría si en este país se encerrara a todos los nerviosos? ¡Se necesitaría un manicomio más grande que el Río de la Plata!... Son mentiras... Son mentiras... ¿Quiere saber la verdad? Se lo digo despacio, para que nadie nos escuche... Me tienen preso aquí para que no cante más... ¡Qué pasaría si cuento quién soy y vuelvo a cantar!... ¡Lo dejé helado! ¡Lo dejé helado! ¡Se lo tiro a cuenta! ¡Vaya anotando! ¡Esta realidad sucia no sirve! ¡La mastico y la mastico! ¡Y cuando canto la realidad sale viva y limpia de mi boca!

Me hubiera gustado invitarlo al Taller de escritura, pero el hombre se perdió entre los fondos del hospital, tan rápido como llegó. Dicen en el campo que en agosto, cuando hay sol y el viento ni siquiera agita una hoja, jamás llueve. Sin embargo, y pese a que nada lo anticipara, cayó la lluvia sobre mí y sobre mis papeles, que apreté inútilmente contra el pecho. Maldije y mientras corría me pareció escuchar una hermosa voz que cantaba un tango. Como sólo se canta en la ciudad de las grandes terminales de trenes que ayer nomás se movían a vapor y donde, alguna vez, uno pudo sacar boleto hasta las mismas estrellas.

Fue en otro tiempo, el reino de los cielos estaba al alcance de las manos, la muerte no existía y la belleza dormía plácidamente en nuestros brazos.

Corrí y corrí por los patios del hospicio. Ya nadie cantaba tangos.

¿Qué será del hombre del sombrero que mastica la realidad para volverla limpia?

"Buscando la belleza por los patios del hospicio"

VICENTE ZITO LEMA



2. El marinero del cielo

Si el hombre del sombrero negro con alas y la sonrisa tan grande como blanca no hubiera desaparecido igual que una ráfaga de sombras entre los árboles podría haber seguido hablando que yo sin duda lo escucharía, como escuché muchos años antes al viejo poeta que conocía los misterios de los cielos y las almas, y como escucho hoy al muchacho que peleó en las Malvinas, a Luis que pinta en los muros que se caen gatos gigantescos y amarillos con pájaros que duermen en sus cabezas y a todo aquel que me abre las puertas de su corazón, sea por sus penas o de aburrimiento.

Yo era apenas un muchacho cuando una sabia mapuche en las montañas neuquinas, mientras tomábamos mate y teníamos a nuestros pies el valle, después de casi un día entero de esperar sus palabras me había dicho: "Hay que saber escuchar al viento".

¿Esas voces en el hospicio eran para mí el viento?

Nunca tendré la certeza. Sé que voy al hospicio a escuchar, que no es un acto generoso, aunque pueda ser benéfico para otros, sino de necesidad para mí: yo luego escribo desde esas voces.

Hay noches en que me cuesta dormir y entonces pienso que, si me hubieran llamado Lucas, como quería mi madre, estaría ahora tocando el fagot en alguna pequeña orquesta en el sur argentino, mientras los vientos más fuertes de la tierra resucitan a los ángeles entre las araucarias. Pero me pusieron Vicente, por mi padre y otros hombres de mi familia, y tuve como ellos una vida reservada para los grandes viajes y los peores naufragios. Así que ahora no toco a Mozart junto a un lago fueguino, ni tampoco a Bach contemplando el cauce de polvo donde alguna vez estuvo el río Atuel y refrescaron sus potros los araucanos. Esta tarde de agosto que culmina deambulo por un hospicio de Buenos Aires sin saber bien qué impulsa mis pasos, acaso buscando como un patético cazador ciego los rastros de la verdad, o de la belleza, y presintiendo que algo muy dentro mío está a punto de romperse.

Un interno está parado junto a mí. No sé de dónde salió ni cómo llegó allí. Estaba solo. Ya no estoy solo. Y no tengo conciencia de la materialidad que unió los dos momentos dándoles sentido.

No puedo seguir pensando en ello porque el hombre me habla.

–¿Usted no estuvo por aquí hace un tiempo acompañando a una mujer que buscaba a su hijo desaparecido?

–Sí, era la madre de un poeta amigo...

–¿Lo encontró? Dije no con la cabeza y miré al cielo. ¿Era la apariencia del cielo lo que yo veía, o el lejano comienzo de lo real que se alzaba ante mis ojos, tenue como la luz en las aguas dormidas?

El hombre de arrugas tan fuertes en su rostro que parecía haber pasado la vida navegando en alta mar miró también al cielo, miró después en dirección a la pequeña capilla del hospital, estábamos cerca de ella, al fin me miró a mí y con una voz que me recordó el chirrido de una puerta de hierro dijo: "A su amigo se lo comió Dios".

La imagen de mi amigo estuvo ante mí. Yo conocía bien esa sonrisa.

–Mi amigo no creía en Dios. No pudo ser comido por algo que para él no existía –dije.

–Entonces lo mató la policía y después se lo comieron los gatos. En el hospital van y vienen los policías, y está lleno de gatos. Se comen las ratas, se comen entre ellos... Comen todo lo que pueden... –dijo, y escupió en sus manos, y así se las lavó, con sumo cuidado.

Miré al hombre en sus ojos. Creía en todo lo que decía. No podía discutir más. Pensé en la madre de mi amigo. Ella lo veía en sueños. Hablaba con él en voz alta por la calle. Abría y cerraba todas las noches los libros que Roberto más leía. Un psiquiatra de buena fe la medicaba, quería tranquilizarla. Una mañana me había pedido que la acompañara a recorrer el hospital. Trajo la foto de su hijo. La mostró y la mostró. Todos los internos decían conocerlo, haber hablado con él, debía estar dando vueltas por el patio, que volviera otro día bien temprano y lo encontraría, aconsejaban a gritos. Ella se fue con los ojos brillantes, prometió regresar y traer una torta. "Me voy más tranquila, si está acá tiene buenos amigos", dijo y me besó en la puerta del hospicio.

El hombre de las grandes arrugas seguía a mi lado. Mataba hormigas con la punta de una rama. Parecía en la espera de que yo dijera algo. Sobre mi cabeza flotaba una enorme nube.

–Esa nube parece un tigre –dije.

–No, son los gatos del hospicio que cuando se comen el alma de un hombre van al cielo –dijo.

Este hombre quiere lastimarme. Me ha clavado los colmillos y hasta que arranque carne no cejará. Lo miré a los ojos, como quien desafía a un enemigo. Sus ojos eran inocentes, una lluvia sin memoria los había lavado.

–Yo tengo memoria... Mis amigos muertos me duelen... –dije.

–¡Qué suerte tiene! –dijo–. ¡Yo ni siquiera tengo amigos para mi memoria!... Yo vi a su amigo... Está vivo y todas las noches pasea con los gatos... Se volvió invisible para que nadie lo lastime... Quédese tranquilo, está feliz, cuando sale la luna lee poemas y los gatos lo acompañan con sus maullidos... Sufrió demasiado... Le habían clavado un sol en la cabeza... Yo soy un buen navegante, era pescador de altura hasta que me encerraron. El barco se hundió... Tres días y tres noches aferrado al salvavidas... Ahora navego por los cielos... Soy el marinero del cielo... Su amigo el poeta viene en mi barco... Quédese tranquilo... Y dígaselo a la madre, tiene ojos con agua la madre... Igual que los gatos...

Me dio la mano y se fue. La nube también se fue. Ya nada flotaba en el cielo, esa seda iluminada...

"Gime. Grita. Balbucea. Los policías lo rodean, lo golpean con sus botas cortas y negras, lo golpean con sus bastones marrones y duros. '¡Hacete el loco, hijo de puta, hacete el loco!'. Eso es lo que le dicen."

3. Un eterno combate

El gran patio de entrada. Su desnudez se vuelve impudicia ante el ojo de la garita policial. Su portón de rejas se abre y se cierra como la boca negra de un monstruo se abre y se cierra para deglutir los huesos y las carnes de sus víctimas. Pájaros pardos y rojos que revolotean en un cielo plomizo. ¿Qué hacen ahí esos pájaros cuando las puertas del coche patrullero se abren y cae sobre el patio de baldosones de cemento el cuerpo de un hombre vestido con ropas muy humildes y zapatillas muy rotas que cuentan una historia sin muchas palabras?

El hombre está indefenso como un cordero en la piedra del sacrificio. Una gruesa soga pasa por su cuello, retarda su respiración, trae saliva blanca a su boca, inmoviliza sus brazos y sus piernas. Gime. Grita. Balbucea. Los policías lo rodean, lo golpean con sus botas cortas y negras, lo golpean con sus bastones marrones y duros. "¡Hacete el loco, hijo de puta, hacete el loco!". Eso es lo que le dicen.

Dos enfermeros se acercan al trote corto. Uno es alto y de pelo rojo. Otro es más bajo y casi sin pelo sobre su cabeza amarilla. Traen una camilla. Cargan sin el menor cuidado al hombre que gime y sangra por la nariz.

Los policías suben al patrullero. Prenden las luces y la sirena como si dijeran: cuidado con nosotros. Uno asoma el cuerpo por la ventanilla y escupe.

Todo es muy rápido, como si la vida quisiera advertirnos que la muerte galopa sobre el viento en un corcel de pura raza. El corcel ya se fue de mis ojos; veo al muchacho que combatió en las Malvinas. Es el primero en correr detrás del patrullero, lo sigo. "¡Gurkas, gurkas!", va gritando, "¡peleen de frente si son machos, gurkas!", sigue gritando.

El patrullero llega a la salida en el mismo momento en que entra una ambulancia. El ruido del choque me hace feliz como si estuviera tocando a Mozart con un fagot frente al lago. El muchacho ya está al lado del coche, en un único y rápido movimiento sube al baúl y con la piedra que traía rompe el cristal trasero. Los policías tardan un siglo, pero cuando salen tienen sus armas empuñadas. El muchacho corre hacia mí.

"¡No disparen, no disparen, es un interno!", atino a gritar poniéndome en el medio.

No estoy solo. Distingo al Tigre y después a los otros compañeros del Taller que también llegan y nos rodean y gritan: "¡No disparen, no disparen!".

No son los únicos que gritan. Los gritos llegan de todas partes: del patio, de las ventanas, de los árboles, de las camillas, desde el cielo. "¡No disparen, gurkas, no disparen!".

El Tigre me toma del brazo. "Vamos, vamos, mejor que no lo reconozcan... usted no está loco... si lo agarran le rompen la cabeza y lo meten en cana... vamos... vamos..."

Corro junto al Tigre y al muchacho. Los gritos van en aumento... "¡Gurkas, gurkas!", trae el viento. Después otros gritos de alegría cuentan que el patrullero se ha ido con los cristales rotos y sin nueva sangre.

Llegamos a los fondos del hospicio. Mi corazón late y late, fuerte y a los tumbos. El muchacho tiene una sonrisa de oreja a oreja.

"¿Cómo era que se llamaba ese viejo poeta amigo suyo que hablaba con el sol y andaba enamorado de la Virgen María?", me dice sin dejar de sonreír.

"Jacobo Fijman", digo, sorprendido y calmando un poco mi corazón.

"Me gusta la poesía", dice el muchacho y mira al sol como si lo despidiera. "¿Sabe qué es para mí la poesía?". El muchacho hace una pausa, después se abraza varias veces con el aire y dice, casi solemne: "Un pedacito de queso que hay que repartir entre todos los ratones".

Me agarra con la guardia totalmente baja. Quedo en silencio.

Quien habla es el Tigre. "Las ratas no necesitan poesía, miren lo gordas que están", dice, ríe y arroja una piedra a una enorme rata gris que pasa a nuestro lado veloz como un fantasma.

El muchacho y el Tigre se ríen un buen rato, cambian golpes de mano y dejan caer sobre mí una mirada apacible.

Me ayudan y salto el muro. Desde lo alto saludo con el puño y me des-

r los patios del hospicio"

de estar encerrado aquí porque perdí todo mi dinero... ¡El fuego me dejó más pobre que una rata!... Me han abandonado... ¡Me han abandonado!... Algún día le contaré mi vida... ¡No lo va a creer!... No soy cura, no soy militar y no tengo un mísero mango... Un día iba de aquí para allá, de aquí para allá, muy nervioso, muy nervioso, y me encerraron... ¡Me decretaron colifa por nervioso!.. Yo me pregunto: ¿qué pasaría si en este país se encerrara a todos los nerviosos? ¡Se necesitaría un manicomio más grande que el Río de la Plata!... Son mentiras... Son mentiras... ¿Quiere saber la verdad? Se lo digo despacio, para que nadie nos escuche... Me tienen preso aquí para que no cante más... ¡Qué pasaría si cuento quién soy y vuelvo a cantar!... ¡Lo dejé helado! ¡Lo dejé helado! ¡Se lo tiro a cuenta! ¡Vaya anotando! ¡Esta realidad sucia no sirve! ¡La mastico y la mastico! ¡Y cuando canto la realidad sale viva y limpia de mi boca!

Me hubiera gustado invitarlo al Taller de escritura, pero el hombre se perdió entre

a belleza por
el hospicio"

ZITO LEMA



los fondos del hospital, tan rápido como llegó. Dicen en el campo que en agosto, cuando hay sol y el viento ni siquiera agita una hoja, jamás llueve. Sin embargo, y pese a que nada lo anticipara, cayó la lluvia sobre mí y sobre mis papeles, que apreté inútilmente contra el pecho. Maldije y mientras corría me pareció escuchar una hermosa voz que cantaba un tango. Como sólo se canta en la ciudad de las grandes terminales de trenes que ayer nomás se movían a vapor y donde, alguna vez, uno pudo sacar boleto hasta las mismas estrellas.

Fue en otro tiempo, el reino de los cielos estaba al alcance de las manos, la muerte no existía y la belleza dormía plácidamente en nuestros brazos.

Corrí y corrí por los patios del hospicio. Ya nadie cantaba tangos.

¿Qué será del hombre del sombrero que mastica la realidad para volverla limpia?

2. El marinero del cielo

Si el hombre del sombrero negro con alas y la sonrisa tan grande como blanca no hubiera desaparecido igual que una ráfaga de sombras entre los árboles podría haber seguido hablando que yo sin duda lo escucharía, como escuché muchos años antes al viejo poeta que conocía los misterios de los cielos y las almas, y como escucho hoy al muchacho que peleó en las Malvinas, a Luis que pinta en los muros que se caen gatos gigantescos y amarillos con pájaros que duermen en sus cabezas y a todo aquel que me abre las puertas de su corazón, sea por sus penas o de aburrimiento.

Yo era apenas un muchacho cuando una sabia mapuche en las montañas neuquinas, mientras tomábamos mate y teníamos a nuestros pies el valle, después de casi un día entero de esperar sus palabras me había dicho: "Hay que saber escuchar al viento".

¿Esas voces en el hospicio eran para mí el viento?

Nunca tendré la certeza. Sé que voy al hospicio a escuchar, que no es un acto generoso, aunque pueda ser benéfico para otros, sino de necesidad para mí: yo luego escribo desde esas voces.

Hay noches en que me cuesta dormir y entonces pienso que, si me hubieran llamado Lucas, como quería mi madre, estaría ahora tocando el fagot en alguna pequeña orquesta en el sur argentino, mientras los vientos más fuertes de la tierra resucitan a los ángeles entre las araucarias. Pero me pusieron Vicente, por mi padre y otros hombres de mi familia, y tuve como ellos una vida reservada para los grandes viajes y los peores naufragios. Así que ahora no toco a Mozart junto a un lago fueguino, ni tampoco a Bach contemplando el cauce de polvo donde alguna vez estuvo el río Atuel y refrescaron sus potros los araucanos. Esta tarde de agosto que culmina deambulo por un hospicio de Buenos Aires sin saber bien qué impulsa mis pasos, acaso buscando como un patético cazador ciego los rastros de la verdad, o de la belleza, y presintiendo que algo muy dentro mío está a punto de romperse.

Un interno está parado junto a mí. No sé de dónde salió ni cómo llegó allí. Estaba solo. Ya no estoy solo. Y no tengo conciencia de la materialidad que unió los dos momentos dándoles sentido.

No puedo seguir pensando en ello porque el hombre me habla.

–¿Usted no estuvo por aquí hace un tiempo acompañando a una mujer que buscaba a su hijo desaparecido?

–Sí, era la madre de un poeta amigo...

–¿Lo encontró? Dije no con la cabeza y miré al cielo. ¿Era la apariencia del cielo lo que yo veía, o el lejano comienzo de lo real que se alzaba ante mis ojos, tenue como la luz en las aguas dormidas?

El hombre de arrugas tan fuertes en su rostro que parecía haber pasado la vida navegando en alta mar miró también al cielo, miró después en dirección a la pequeña capilla del hospital, estábamos cerca de ella, al fin me miró a mí y con una voz que me recordó el chirrido de una puerta de hierro dijo: "A su amigo se lo comió Dios".

La imagen de mi amigo estuvo ante mí. Yo conocía bien esa sonrisa.

–Mi amigo no creía en Dios. No pudo ser comido por algo que para él no existía –dije.

–Entonces lo mató la policía y después se lo comieron los gatos. En el hospital van y vienen los policías, y está lleno de gatos. Se comen las ratas, se comen entre ellos... Comen todo lo que pueden... –dijo, y escupió en sus manos, y así se las lavó, con sumo cuidado.

Miré al hombre en sus ojos. Creía en todo lo que decía. No podía discutir más. Pensé en la madre de mi amigo. Ella lo veía en sueños. Hablaba con él en voz alta por la calle. Abría y cerraba todas las noches los libros que Roberto más leía. Un psiquiatra de buena fe la medicaba, quería tranquilizarla. Una mañana me había pedido que la acompañara a recorrer el hospital. Trajo la foto de su hijo. La mostró y la mostró. Todos los internos decían conocerlo, haber hablado con él, debía estar dando vueltas por el patio, que volviera otro día bien temprano y lo encontraría, aconsejaban a gritos. Ella se fue con los ojos brillantes, prometió regresar y traer una torta. "Me voy más tranquila, si está acá tiene buenos amigos", dijo y me besó en la puerta del hospicio.

El hombre de las grandes arrugas seguía a mi lado. Mataba hormigas con la punta de una rama. Parecía en la espera de que yo dijera algo. Sobre mi cabeza flotaba una enorme nube.

–Esa nube parece un tigre –dije.

–No, son los gatos del hospicio que cuando se comen el alma de un hombre van al cielo –dijo.

Este hombre quiere lastimarme. Me ha clavado los colmillos y hasta que arranque carne no cejará. Lo miré a los ojos, como quien desafía a un enemigo. Sus ojos eran inocentes, una lluvia sin memoria los había lavado.

–Yo tengo memoria... Mis amigos muertos me duelen... –dije.

–¡Qué suerte tiene! –dijo–. ¡Yo ni siquiera tengo amigos para mi memoria!... Yo vi a su amigo... Está vivo y todas las noches pasea con los gatos... Se volvió invisible para que nadie lo lastime... Quédese tranquilo, está feliz, cuando sale la luna lee poemas y los gatos lo acompañan con sus maullidos... Sufrió demasiado... Le habían clavado un sol en la cabeza... Yo soy un buen navegante, era pescador de altura hasta que me encerraron. El barco se hundió... Tres días y tres noches aferrado al salvavidas... Ahora navego por los cielos... Soy el marinero del cielo... Su amigo el poeta viene en mi barco... Quédese tranquilo... Y dígaselo a la madre, tiene ojos con agua la madre... Igual que los gatos...

"Gime. Grita. Balbucea. Los policías lo rodean, lo golpean con sus botas cortas y negras, lo golpean con sus bastones marrones y duros. '¡Hacete el loco, hijo de puta, hacete el loco!'. Eso es lo que le dicen."

Me dio la mano y se fue. La nube también se fue. Ya nada flotaba en el cielo, esa seda iluminada...

3. Un eterno combate

El gran patio de entrada. Su desnudez se vuelve impúdica ante el ojo de la garita policial. Su portón de rejas se abre y se cierra como la boca negra de un monstruo se abre y se cierra para deglutir los huesos y las carnes de sus víctimas. Pájaros pardos y rojos que revolotean en un cielo plomizo. ¿Qué hacen ahí esos pájaros cuando las puertas del coche patrullero se abren y cae sobre el patio de baldosones de cemento el cuerpo de un hombre vestido con ropas muy humildes y zapatillas muy rotas que cuentan una historia sin muchas palabras?

El hombre está indefenso como un cordero en la piedra del sacrificio. Una gruesa soga pasa por su cuello, retarda su respiración, trae saliva blanca a su boca, inmoviliza sus brazos y sus piernas. Gime. Grita. Balbucea. Los policías lo rodean, lo golpean con sus botas cortas y negras, lo golpean con sus bastones marrones y duros. "¡Hacete el loco, hijo de puta, hacete el loco!". Eso es lo que le dicen.

Dos enfermeros se acercan al trote corto. Uno es alto y de pelo rojo. Otro es más bajo y casi sin pelo sobre su cabeza amarilla. Traen una camilla. Cargan sin el menor cuidado al hombre que gime y sangra por la nariz.

Los policías suben al patrullero. Prenden las luces y la sirena como si dijeran: cuidado con nosotros. Uno asoma el cuerpo por la ventanilla y escupe.

Todo es muy rápido, como si la vida quisiera advertirnos que la muerte galopa sobre el viento en un corcel de pura raza. El corcel ya se fue de mis ojos; veo al muchacho que combatió en las Malvinas. Es el primero en correr detrás del patrullero, lo sigo. "¡Gurkas, gurkas!", va gritando, "¡peleen de frente si son machos, gurkas!", sigue gritando.

El patrullero llega a la salida en el mismo momento en que entra una ambulancia. El ruido del choque me hace feliz como si estuviera tocando a Mozart con un fagot frente al lago. El muchacho ya está al lado del coche, en un único y rápido movimiento sube al baúl y con la piedra que traía rompe el cristal trasero. Los policías tardan un siglo, pero cuando salen tienen sus armas empuñadas. El muchacho corre hacia mí.

"¡No disparen, no disparen, es un interno!", atino a gritar poniéndome en el medio.

No estoy solo. Distingo al Tigre y después a los otros compañeros del Taller que también llegan y nos rodean y gritan: "¡No disparen, no disparen!".

No son los únicos que gritan. Los gritos llegan de todas partes: del patio, de las ventanas, de los árboles, de las camillas, desde el cielo. "¡No disparen, gurkas, no disparen!".

El Tigre me toma del brazo. "Vamos, vamos, mejor que no lo reconozcan... usted no está loco... si lo agarran le rompen la cabeza y lo meten en cana... vamos... vamos..."

Corro junto al Tigre y al muchacho. Los gritos van en aumento... "¡Gurkas, gurkas!", trae el viento. Después otros gritos de alegría cuentan que el patrullero se ha ido con los cristales rotos y sin nueva sangre.

Llegamos a los fondos del hospicio. Mi corazón late y late, fuerte y a los tumbos. El muchacho tiene una sonrisa de oreja a oreja.

"¿Cómo era que se llamaba ese viejo poeta amigo suyo que hablaba con el sol y andaba enamorado de la Virgen María?", me dice sin dejar de sonreír.

"Jacobo Fijman", digo, sorprendido y calmando un poco mi corazón.

"Me gusta la poesía", dice el muchacho y mira al sol como si lo despidiera. "¿Sabe qué es para mí la poesía?". El muchacho hace una pausa, después se abraza varias veces con el aire y dice, casi solemne: "Un pedacito de queso que hay que repartir entre todos los ratones".

Me agarra con la guardia totalmente baja. Quedo en silencio.

Quien habla es el Tigre. "Las ratas no necesitan poesía, miren lo gordas que están", dice, ríe y arroja una piedra a una enorme rata gris que pasa a nuestro lado veloz como un fantasma.

El muchacho y el Tigre se ríen un buen rato, cambian golpes de mano y dejan caer sobre mí una mirada apacible.

Me ayudan y salto el muro. Desde lo alto saludo con el puño y me des- ▶



pido. Al caer me rompo el pantalón, me duelen todos los húesos. Camino despacio hacia Plaza Constitución. Ya se ven las primeras estrellas en el cielo rojizo que muestra con pudor las huellas de su eterno combate.

4. El incendio de las almas

Las últimas sombras del invierno pendían de los árboles cuando volví al hospicio.

Nadie me detuvo en la entrada. Nadie me maldijo, ni me pidió cigarrillos ni me deseó buenos días cuando me puse a caminar por los patios. ¿Mi cuerpo estaba allí? Toqué mi pecho: los latidos de la realidad venían desde lo hondo. *Ya estás viejo para los delirios,* me dije y me reí y asusté al pequeño gato blanco con hocico negro que se arrimó a mis piernas.

Me detuve asombrado: la perfecta flor amarilla de una margarita salvaje se alzaba en busca del sol desafiando a los yuyales.

¿Siempre será así: la belleza que se refugia en los escondrijos de la oquedad?

¿Siempre será así: la verdad que se desnuda tras los velos de la melancolía?

El orín del gato en mis zapatos me alertó sobre los vaivenes de la vida.

Me limpié como pude con una hoja del diario.

Los crudos titulares policiales saltaron ante mis ojos desde el papel que provocaba con su olor y que no sabía dónde arrojar.

Di de bruces con un montículo de basura. Ahí lo puse, aliviado.

Recordé que años atrás había escrito:

Hay épocas en que la poesía
No se encuentra en los libros
Aparece en noticias policiales.

¿Y hoy, dónde se encontraba la poesía?

¿Qué queda de la rebeldía que le da calor cuando de boca en boca se transmite el discurso de lo posible que debemos cuidar como si fuera la delicada piel de Dios?

¿Qué revelación le queda por mostrar cuando la gente se planta ante el espejo con los ojos cerrados?

Volví sobre mis pasos. La margarita amarilla seguía allí, alumbrando sin quejas en la oscuridad sin treguas del hospicio.

Tal vez la perfección de la luz ya no necesitará de la poesía, me dije.

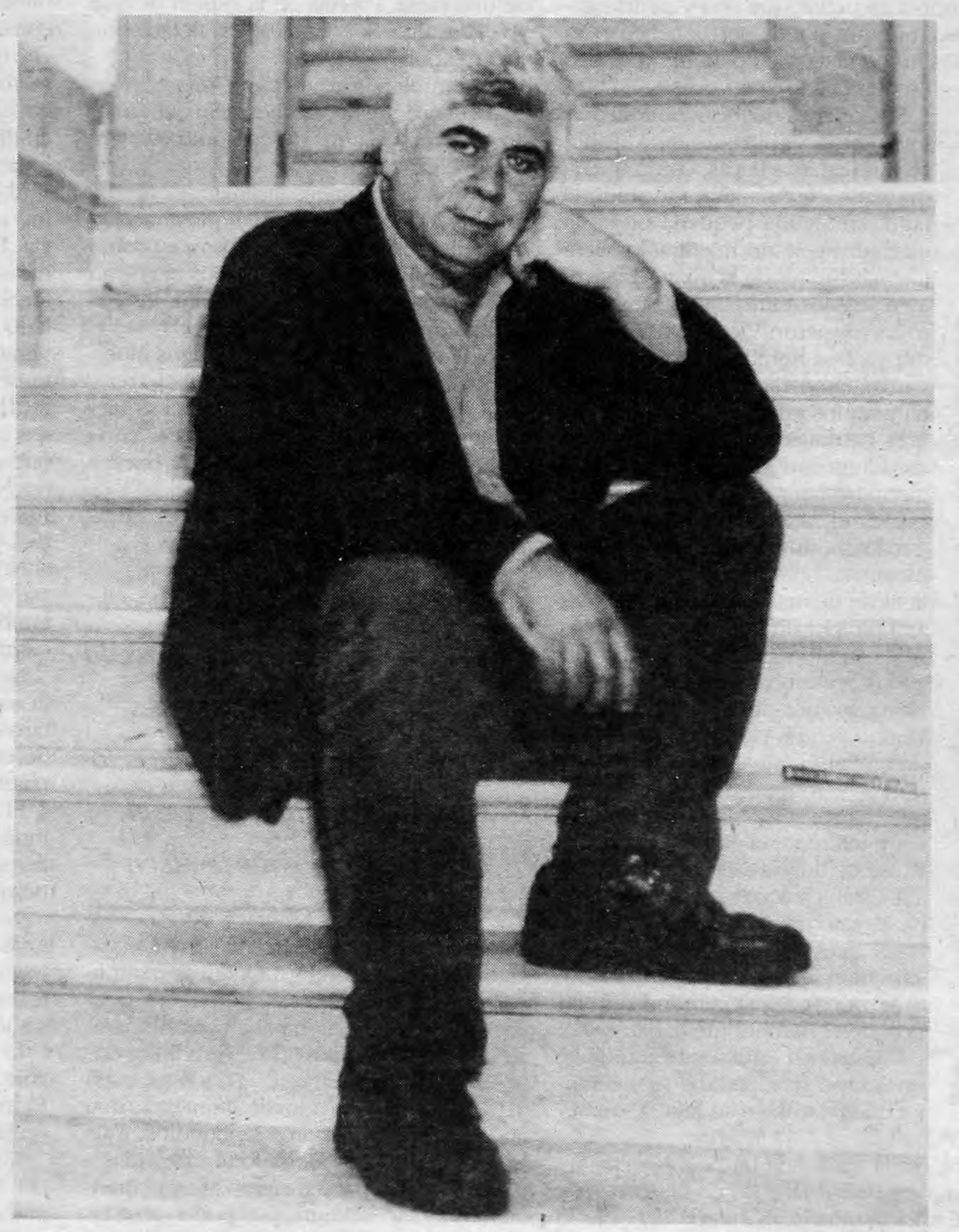
Que me siguiera interrogando sobre el sentido de la poesía me hizo sentir bien. Era la señal de que todavía me merezco estar vivo, con los pies sobre la tierra.

Tuve ante mí la imagen de Jacobo Fijman. *El que pregunta ya sabe,* me había enseñado aquel maestro paciente una tarde en que yo lo acosaba por estos mismos patios, sin misericordia ante la fatiga que traslucían sus ojos, empeñado en saber sobre las formas que cristalizan el estupor humano y el deseo de lo maravilloso, mientras un viento extrañísimo que venía del mar por lo grueso, o de algún desierto por lo tan áspero que lastimaba la boca, nos sorprendía en aquel baldío postrero de la ciudad.

Por entonces yo era muy joven, confundía los libros con la realidad, sacaba pasaje de ida y vuelta para las aventuras y pretendía, como otros tan orgullosos como yo, conocer la naturaleza de la poesía sin haber sostenido al amigo perseguido que se nos muere en los brazos.

Muchos años después, cuando puedo hablar de ciudades lejanas con nostalgia y ya he escrito sobre mis amigos muertos como quien da un beso con los labios de la despedida, camino sobre mis propios pasos por los patios del hospicio para preguntar otra vez qué es la poesía. Más cansado y acaso más humilde; tan lejos de la verdad como entonces.

El sol se extiende sin temblores detrás de la línea de horizonte y yo no camino solo. Me esperaban en el fondo del hospital y ahora me acompañan. Son mis alumnos del Taller de escritura, y siento que me protegen. *¡Vaya tu guardia!,* diría con su cifrado humor mi abuelo. Un muchacho que combatió en las Malvinas y sueña con ser boxeador; un viejo judío de ojos celestes y nariz rota, lector de Marx y Rimbaud, prisionero en Auschwitz, donde perdió a su familia y a quien el barco del destino depositó en las costas de un hospicio de Buenos Aires después de haberle pegado tres tiros a un comisario que le gritó *judío de mierda* en el momento y en el lugar en que no debió hacerlo; el Tigre, que según dice puede distinguir los colores del alma, y yo le creo, conoce el nombre de todos los pájaros de la tierra y lo único que cuenta de su anterior vida es que lo encerraron después de haberle roto con una botella la cabeza a su padre; el Petiso, que no se cansa de contar cuentos de locos y se tapa la boca al reír para que no se vea que le faltan todos los dientes; Franco, que escribe teatro, destapa las botellas de cerveza con la boca y desafía a pegar cabezazos contra la pared... Ellos y los otros, que me conducen por sus caminos particulares en el hospicio y me traen a mi memoria una carta de Van Gogh escrita en Arlés: "cuando un ciego guía a otro ciego los dos caen en un pozo"... Ellos, que no pueden traspasar a su antojo las rejas como yo, los únicos que necesito para ver *el incendio de las almas,* o escuchar *la voz de los muertos.*



Eso vi y eso escuché esa tarde junto a ellos mientras recorríamos los patios del hospicio preguntando a quien quisiera hablar: *¿qué es la poesía?*

Suenan esas voces.

◆ Un vaso de agua en la noche del compañero.
◆ La mayor riqueza del Reino del Mal.
◆ Lo que uno olvida de aquello que recuerda.
◆ Algo puro, algo puro, algo muy puro, puro.
◆ Eso que viene cuando se vive en el dolor desnudo.
◆ Una danza de armonía donde baila la palabra.
◆ El incendio del alma.
◆ Salir en polvorosa en el molde.
◆ Es un sustantivo que posee género femenino y su número es singular. ¡Ah, quién diría!
◆ La voz de los que están muertos.
◆ El poder de sonreír a pesar de vivir en semejante mundo y no suicidarse.
◆ Un llamado para no olvidarnos que existe la palabra.
◆ La realidad de la fantasía cuando el mundo aprieta sus labios húmedos.
◆ Un bichito con millones de dulces patas que cosquillean la conciencia y hacen escribir lo más oscuro.
◆ Una bebida virtuosa servida en fina copa de cristal rojo y duro.
◆ El aletear de los pájaros que influye en el cerebro sin lastimarlo.
◆ El primer brote de un árbol grande, mágico y profundo como un río.
◆ Un gran manicomio sin puertas y nadie se anima a salir.
◆ El andar de los pasos de Dios.
◆ La gran cópula.
◆ Tengo que saberlo antes de mañana.
◆ El delirio delicioso de la vida.
◆ Bebe un poco del cáliz bondadoso de la fuente del saber y no te ahogues.
◆ Un instante eterno de la belleza eterna del instante.
◆ Cuando el silencio es roto con un martillo.
◆ La primera vida antes de la última vida.
◆ Los dedos de la locura.
◆ Un segundo de muerte.

Era de noche y yo seguía escuchando aquellas voces de poesía sentado frente a la mesa donde alguna vez comió una familia numerosa y ahora recibe sin quejas a mi vieja máquina Olivetti, mis cuadernos de apuntes y esos libros elegidos que me acompañan a través de los naufragios.

Dejé de escribir. Estaba cansado y me dolía el pecho. Nada de abrirle las puertas de tu casa a la muerte por más que golpee con su guante de hierro para asustarte, o se disfrace de música, de humo o de ginebra para que la dejes dormir sin tiempo en tu corazón. Eso dije y el silencio bramó en mis oídos.

Me puse el saco azul que traje de Holanda y salí a la calle sin ninguna ilusión que me sostuviera y sin saber dónde ir.

Anduve por la ciudad que alguna vez fue mía, en oleaje siempre, donde había visto a mis abuelos besándose a hurtadillas bajo un grueso parral, protegidos del sol más que de las miradas. Tuve en mí los aromas del pan y el más denso del musto, en tardes teñidas de estío, entre vaivenes de vals.

Cuántas veces había soñado con mi ciudad en el exilio. La soñaba cubierta de llamas en una noche sofocante de verano y la gente despavorida que se arrojaba al río. La soñaba alumbrada por una luna amarilla que convertía a las calles en una pradera de trigo. La soñaba con llantos de moribundos y risas de niños, con monstruos y con ángeles que leían en voz alta los cánticos olvidados. La soñaba postrada, herida, pétrea de boca, helada de alma y hasta maldita, y sin embargo graciosa y feliz como una bailarina que avanza con sus pies de aurora. Viva como el pájaro que ya conoció las cenizas. Aquellos sueños habían quedado en Amsterdam, Barcelona o Copenhague, en cualquiera de las ciudades de mi destierro, junto al miedo de volver.

Ya no tenía miedo. Ya no tenía ciudad. Yo luchaba contra la soledad y la muerte en una ciudad que sólo me mostraba sus bajas nubes negras, sus sábanas brutas y la trompeta de un ángel exterminador.

Acaso había otra ciudad y otra realidad, pero yo llevaba los ojos del sueño y el cuerpo de las heridas. Yo no tenía nuevos deseos.

Anduve y anduve, la lluvia era un alivio, el mundo estaba vacío.

Empecé a ver lo que podía ver: hambre, prostitución, mendigos grandes y mendigos chicos, orgullo, vanidad, riqueza, los que dañan y los que son dañados, y la ronda de coches patrulleros, alertas, dispuestos, en busca del cuerpo sobre el que hay que caer.

No vi ningún rostro amigo. No vi a los reyes del amor. No vi a quien aguardaba el tren a las estrellas.

Amanecía y yo me encontraba frente a las rejas del hospicio. Pensé en el muchacho de Malvinas, en el Tigre, en el viejo judío que tenía los ojos llenos de agua de mi padre.

Hubiera entrado, pero allí estaba, sobre el muro, ese tremendo pájaro negro, comedor de carroña, amenazador, solemne. Parecía advertirme con su único ojo, mientras extendía sus alas hasta cubrir el horizonte: *yo soy el cuidador del cielo, aquí no entrarás.*

Me animé a buscar unas piedras. Arremetí a los gritos contra él y el pájaro escapó.

Volví a mi casa caminando por calles que ya recordaba. *Si existen nuevas músicas las encontrarás,* me dije. Y apuré el paso.